

La Casa De Las Retamas

Walter Luis Katz

La casa de las retamas

A principios del siglo veinte continuó la inmigración a la Argentina desde España, Italia y países de Europa Oriental, decayendo con la iniciación de la primera guerra mundial. Los inmigrantes prefirieron radicarse las grandes ciudades y pueblos vecinos; otros decidieron poblar las zonas agrícolas del interior del país.

A pesar de que la supervivencia era difícil en la época del afianzamiento económico del país, las opciones de progreso estaban abiertas. Las posibilidades de enriquecimiento durante el curso de la primera guerra mundial eran grandes, por la demanda de trigo y carnes por parte de los países europeos. El monopolio de los productos por empresas extranjeras y privadas, impidió el florecimiento y las perspectivas quedaron en el mercado interno. De todas maneras, el gobierno de Irigoyen mantuvo una gran actividad en la exportación de productos agropecuarios, hasta mil novecientos veintinueve.

Antonio Tejada y esposa Jacinta llegaron a la Argentina a mediados del año mil novecientos diez. Se instalaron en uno de los pueblos vecinos a la capital y abrieron un negocio de comestibles. Trabajaron duro, trajeron hijos al mundo y al mismo tiempo amasaron un pequeño capital destinado para educarlos.

En mil novecientos treinta, una elite militar, apoyada por fuerzas conservadoras representadas por políticos y empresarios, derrocó al presidente Hipólito Irigoyen, echando por la borda todas las conquistas sociales y económicas obtenidas desde principios del siglo. La crisis que sucedió después de estos acontecimientos, produjo una bancarrota en el mediano y pequeño comercio, con sus consiguientes cierres y quiebras.

La familia se vino a menos a causa de la crisis; Antonio cerró su almacén y continuó manteniéndola con trabajos y negocios esporádicos.

– Papá – preguntó Renato, cuarenta y cinco años después - ¿El abuelo era hombre de plata?

– Reunió un poco trabajando duro, pero todo eso ya no existe; se fue en la crisis que originó la revolución del treinta – contestó Roberto.

Ana agregó - en esa época tu padre cursaba estudios universitarios y al quedarse la familia sin recursos, los interrumpió y comenzó a trabajar. Ya estábamos noviendo, nos casamos, siguió estudiando a un ritmo más lento, y con un poco de atraso se recibió.

- Mamá trabajaba de maestra y me apoyó y acompañó para superar las dificultades; yo me inicié con un equipo de Ingenieros, y hasta hoy continúo con ellos. No nos enriquecimos, pero vivimos bien.

- Renato, papá se olvida que mientras tanto nacieron vos e Inés - dijo Ana - lentamente, él como ingeniero y yo como maestra, llegamos a una posición económica estable, buen vivir y tranquilidad.

- ¿Por qué no compran todas las semanas algún billete de lotería? - Preguntó Renato - en una de esas...

En ese momento sonó el timbre de la casa. Ana abrió la puerta; un señor bajo y gordo le mostró un sobre - tengo una notificación para el señor Roberto Tejada Roberto, asustado, saltó como un resorte; inquieto, caminó hacia la puerta. - ¿Notificación? ¿De qué se trata, Ana?

- No tengo idea. Es del Estudio Jurídico del Dr. Almendra - el hombre les dio el sobre y se fue.

Roberto lo abrió con nerviosidad y leyó; entraron lentamente y se sentaron frente a Renato e Inés, la hija mayor; todos miraron la carta con temor. - ¿Qué noticias tendrá el abogado para darnos? - Dijo - debemos cuidarnos de ese tipo de profesionales que en nombre de otros suelen hacer toda clase de manejos.

La familia de Roberto y Ana tenía fundamentos basados en el diálogo abierto entre padres e hijos, donde todo se discutía dentro de un marco de igualdad en las opiniones.

Se sentaron a la mesa para debatir el asunto. Ana ya había analizado algunas posibilidades - No quisiera jugar un albur; si mis sospechas son infundadas, podemos respirar con tranquilidad, pero si no... - agregó persignándose.

- Quizás alguna deuda ignorada de nuestro finado abuelo resurgió para complicarnos la vida - dijo Inés con tono misterioso.

- Sería una deuda de hace veinticinco años, y no veo motivos para que no la reclamaran hasta ahora. Además mis padre liquidó todo lo que tenía cuando se declaró en quiebra - dijo Roberto con seguridad - Ana, ¿tal vea sea una deuda de tus padres?

- Los míos no tenían bienes ni deudas - dijo Ana un poco molesta.

- Perdoná querida, no quise ofenderte; solo son conjeturas ante la carencia de datos exactos.

Por la preocupación, los chicos comenzaron a morderse las uñas - ¡Dios mío! Dejen de comerse las uñas. Tantos años trabajé para quitarles esa costumbre, y ahora, “todo” se derrumba a causa de la carta – dijo Ana con nerviosidad.

Roberto planteó una solución transitoria – propongo que mañana saquemos el dinero que tenemos en el banco y lo escondamos en algún lugar seguro, previniendo algún embargo o movimiento bancario sorpresivo – todos aceptaron la idea

Por unos días la sorprendida familia no tuvo un momento de tranquilidad. Trataban de no hablar sobre el tema, pero éste volvía sin que tuvieran intención.

No les quedó otra salida que afrontar la realidad, los padres concurren al despacho del abogado, y los hijos concurren a sus estudios. Cuando volvieron, se sentaron en el salón, acurrucados y abrazados para darse ánimos mutuamente. Luego abrieron la heladera y comieron con apetito todo lo que encontraron apetecible.

Corrían tiempos difíciles; las detenciones sorpresivas en la calle eran frecuentes después del conato de golpe de estado del dieciséis de junio, en que aviones de la marina bombardearon la casa de gobierno y la Plaza de Mayo. Se realizaban manifestaciones espontáneas, que eran disueltas violentamente por la policía. Cualquier detalle no claro era causa para que desconfiaran, y pidieran documentos a cada sospechoso, palpándolo para encontrar algún arma o elemento comprometedor. Las detenciones se hacían en forma masiva.

Debido a su altura Renato representaba más edad de la que tenía; por eso los agentes muchas veces se confundieron y lo interrogaron. Algunos se asombraron al descubrir que era un alumno de la primaria.

Inés cursaba el último año del liceo y Renato estaba a punto de terminar la escuela primaria. Estaban preocupados; temían que un desafortunado golpe frustrara sus deseos de seguir estudiando. Con el estómago bien lleno se durmieron sentados en un sofá.

A media tarde llegaron los padres y los despertaron con gritos – ¡Chicos, somos ricos!

No entendieron - ¿Qué les pasa? ¿Sacaron la lotería? – Roberto estaba tan excitado que no lograba comenzar a hablar.

Cuando estuvo calmado contó – un tío lejano que casi no recuerdo, me dejó en herencia una estancia. Se terminaron las privaciones – los hijos se arrojaron sobre él, tirándolo sobre el sofá. Su esposa se agregó al festejo y

se revolcó con ellos sobre la alfombra; luego trajo una botella de licor para brindar.

- Incluso Renato tiene permiso para tomar, por esta vez – dijo Ana aclarándolo con un movimiento de la mano.

Roberto les hizo compartir los detalles de lo heredado - se trata de una estancia, no grande, entre San Antonio de Areco y Luján, con todo lo sembrado, que es muy poco, una casa grande y vieja, depósitos, algunas vacas y caballos, y hasta un cuidador-capataz con su familia forman parte de la herencia. Podemos tomar posesión de los bienes cuando queramos, aunque prefiero esperar hasta fin de este mes en que finalizan las clases, para que pasen allí las vacaciones. Debemos tomar las cosas con seriedad, pues esta puede ser la oportunidad que necesitábamos para enriquecernos.

– Roberto, yo renuncio a ese placer y me quedo en la ciudad. Vos sabés que no me gusta el campo - dijo Ana frunciendo el ceño -si fuera un lugar en la playa, no me opondría.

– Lo mismo digo – dijo Inés, se levantó y se sentó junto a su madre.

Renato, entusiasmado, le dijo a su papá – yo quisiera ir con vos, y si me gusta, me quedaría allí todo el verano – Roberto lo abrazó mirándolo con complicidad.

Ignorando la rápida descripción que escuchó, el adolescente imaginó la estancia, con jardines al frente, perros de raza jugando en el césped, la gran mansión con muchas ventanas pintadas, salones con muebles provenzales y piezas de caza colgadas de las paredes, a un costado los establos con caballos de carrera y más allá, en la inmensidad, los campos verdes, con vacas rojas pastando que desaparecían en el horizonte.

*

Terminadas las clases se sentía diferente; se comportaba con madurez, como si la nueva situación le hubiera cambiado el carácter. Los dos hombres de la casa viajaron; acomodado en el coche familiar, Renato imaginó su primer día de visita.

– ¿En qué pensás? - Preguntó Roberto - ¿Por qué hacés “caruchas”?

Renato puso cara de importante – Estoy pensando como programar mi primer día en la estancia. Vos siempre decís que hay que tomar las cosas por su valor y organizarlas, para que todo salga bien.

Mientras se alejaban de la ciudad el paisaje cambiaba, así como la indumentaria de la gente; veían personas vestidas a lo gaucho, montadas a caballo; los hombres con bombachas, botas o alpargatas y sombrero de fieltro, y las mujeres vestían blusas y polleras de algodón; las trenzas estaban atadas en los extremos con cintas de colores. Los caballos bien tusados, con las colas recortadas lucían lindos recados sobre los lomos.

- Mirá papá – dijo el chico - así nos vistieron hace unos días en la fiesta de la escuela, para bailar el pericón. Parece que para ellos no pasó el tiempo y siguen vistiéndose como en el siglo pasado.

Antes del mediodía estuvieron en la estancia. La primera impresión no fue favorable. La casa era larga y baja, al parecer de adobes revocados; debajo del techo asomaban gruesas vigas. La construcción era como los antiguos ranchos. Un galpón grande y cuadrado se encontraba un poco después de la casa.

En el frente del viejo caserón había un parral; allí los esperaba el capataz con su familia. Parecía una formación de honor, donde se respetaba el orden según la altura de cada uno – Mayor gusto patrón. Zenón, servidor, mi hija Lucila, mi esposa Elcira y mi hijo Huguito.

Don Zenón era un paisano fornido, con negros y anchos bigotes, vestía a lo gaucho, y calaba un chambergo negro que se sacó para saludar. Conversador, hablaba con énfasis, como si leyera a don Segundo Sombra. Doña Elcira era pequeña y delgada, una mujer frágil que miraba con respeto y timidez. Nadie hablaba, excepto don Zenón.

Lucila debía tener unos trece o catorce años; desarrollada, de piernas fuertes y largas trenzas, estaba parada con cierta insolencia. La cara bonita insinuó cierta picardía cuando miró a Renato. Antes de terminar las presentaciones, Huguito ya había escapado para jugar en una hamaca construida con dos cadenas y una cubierta vieja.

A un costado de la casa grande se encontraba la casa del capataz y su familia. Tenía dos cuartos de dormir y la cocina; estaba bien conservada y pintada. Doña Elcira los esperaba con el almuerzo. Al entrar a la espaciosa cocina pudieron reconocer el aroma de una carbonada criolla. Se sentaron a la mesa; Lucila lo hizo al lado de Renato. Con manos ágiles doña Elcira sirvió rápidamente a cada uno. Entre las preguntas de Roberto y las respuestas de Don Zenón, respirando el sano aire del campo, comieron la carbonada.

Don Zenón trajo un cuaderno donde tenía anotado el movimiento de la estancia, ahí se consignaba unidades de ganado, herramientas y dinero. Roberto observó que todo estaba con precisión y claridad; se podía apreciar que administraba los bienes con dedicación y fidelidad.

- Mire, don Roberto, si le resulta costoso mantenerme, está en su derecho pa' *darme las cuentas*; yo puedo conchabarme en otro lugar, pero si no, quisiera seguir aquí y servirle con gusto como lo hice con su tío – dijo don Zenón con nobleza; Roberto se emocionó y le dio unas buenas palmadas en la espalda.

Después de la comida doña Elcira los llevó a mostrarles la casa. Había muchos cuartos, uno seguido del otro, a lo largo de un corredor; algunos estaban vacíos. En el amplio salón sólo había una mesa y algunas sillas de madera que debían tener la edad de la casa.

Se dispuso a entregarles las habitaciones; eran las únicas que estaban pintadas y bien amuebladas - la mía está ordenada con sábanas y fundas bordadas como las que tiene Inés en nuestra casa – dijo Renato a su padre en voz baja.

Roberto dijo que no utilizaría la habitación, pues antes del atardecer viajaría de regreso, quedando su hijo al cuidado del matrimonio. Su trabajo lo ocupaba, pero decidió venir todos los fines de semana para encontrarse con don Zenón y ponerse al tanto de la marcha de la estancia. Esa tardecita, orgulloso, quedó el niño como patrón e invitado del capataz y su familia.

A pocos kilómetros de la capital, su joven sensibilidad descubrió un mundo diferente en el tratamiento de la vida y forma de pensar, con su propio idioma, y acento especial. Un microcosmos construido de la más pura tradición, conservado en su estado natural.

Los trabajos de la estancia se realizaban en un viejo tractor y unas máquinas agrícolas, para la atención de las tierras de pastoreo. Don Zenón no recurría a ninguna ayuda para cuidar las vacas que pastaban en los cuadros cercanos, salvo en las épocas de parición o de envíos a los mataderos. Demostraba estar orgulloso de su jerarquía, aunque era un capataz sin personal.

A la mañana siguiente, después del mate cocido con leche y galleta, Lucila llevó a Renato a los corrales, lugar que en tiempos pasados fue ocupado por una tropilla de animales de trabajo; en ese momento sólo había tres caballos, una vaca y algunas gallinas escarbando. La chica tomó dos riendas con sus bocados y dos cojinillos. Colocó los bocados y las riendas a sendos caballos y puso sobre el lomo de cada uno un cojín. Le dio al chico un alazán alto llamado Hans, manso por demás y haragán para que lo sujetara, y para ella tomó un petiso zaino un poco rebelde. Le enseñó a subir y bajar, y luego a manejar las riendas; tras la rápida lección montaron, y al paso llegaron al arroyo que se encontraba cerca de la casa. Fueron hacia un remanso escondido entre los árboles, ataron las bestias a la orilla del arroyo para que comieran y bebieran, y se sentaron a mojarse los pies en las cristalinas aguas. Lucila tiró de un alambre que estaba escondido debajo del agua y arrastró hacia la orilla un buitrón de unos sesenta centímetros de largo; en su interior nadaban varios peces vivos. Renato estaba asombrado por todas las cosas que veía en sólo pocos minutos.

- Cuando mi mamá quiere cocinar pescado, vengo y saco los que entraron al “buitrón”. A veces me dan lástima los pobrecitos y los tiro de nuevo al agua; yo le digo que la pesca anda mal en esta época, y ella se ve obligada a cocinar algo distinto – dijo en tono de confesión. A Renato le gustó su manera de hablar, sencilla aunque correcta y con gran fluidez en las ideas.

Contó que concurrió a una escuela situada a varios kilómetros de su casa. Durante años lo hizo sobre el caballo, soportando a veces chaparrones sorprendentes o tormentas de tierra y arena. Era una escuela unitaria, en que una maestra enseñaba a todos los grados, donde niños de todas las edades escolares ocupaban la misma aula, sentados en varias filas de bancos que los separaba por grupos.

- Mis juguetes no fueron muñecas, pero jugaba con los terneros y mis perros. Me gustó siempre pasear por el campo verde, cantando y saltando, disfrutando del aire fresco y el canto de los pájaros. Pasé muchas horas en la orilla del arroyo, escuchando el rumor del agua, pensando y soñando.

Lucila continuó pateando el agua durante unos minutos y cuando se cansó de jugar, se acercó más a Renato – dame un beso –dijo con naturalidad. Renato puso los labios duros sobre su boca – así no se besa; te voy a enseñar: tenés que poner flojos los labios, abrir un poquito la boca y abrazarme, apoyando tu cara en la mía.

Al abrazarla, sintió la tibieza de sus pechos. El beso le gustó; los labios de Lucila eran carnosos y húmedos. La miró; sus ojos estaban cerrados y por su arrobamiento entendió que disfrutaba; instintivamente comenzó a acariciarle los cabellos. Para él era una experiencia nueva y grata. Continuaron practicando besos hasta el mediodía.

Lucila reunió los pescados pasándoles un alambre por pequeños orificios que les hizo en la boca, los cargó, montaron nuevamente sobre los caballos y comenzaron el regreso a la casa. – Tené en cuenta que sólo me podés besar a mí y yo sólo a vos – dijo con autoridad.

- De acuerdo – asintió él contento.

Al día siguiente Don Zenón le enseñó a rasquetear a los caballos y a ordeñar a la vaca Mora, vaca vieja que conservaban cerca de la casa para que no faltara leche a la familia. – El rasqueteo en los caballos es como el baño pa' los cristianos. También a la vaca hay ordeñarla todos los días. - Explicaba el por qué de cada cosa; en su particular forma de hablar contaba cuentos y mitos de los campos; todos escuchaban con atención, cautivados por su estilo especial de cuentista. Era interesante su opinión sobre la revolución que destituyó al gobierno, unos meses antes, en setiembre del cincuenta y cinco.

- Mirá, no importa si el presidente era bueno o malo; así no se bajan gobiernos. Se bajan en las urnas, sin violencia. Esto va a traer desgracia, vas a ver. En el treinta lo echaron al peludo Irigoyen y sabés lo que pasó. Con sólo mirar esta estancia tenés un ejemplo: cuando el tío de tu padre me conchabó, había mucho campo sembrado, y en los cuadros con pastos naturales las vacas eran tantas que no dejaban ver lo verde; ocupaba muchos peones y el corral estaba lleno de caballos de trabajo. En el patio no faltaban chatas, arados y máquinas. Con decirte que no paraban de venir los carros con baranda o arreadores pa' llevarse las vacas gordas. Por culpa de la crisis todo se vino abajo, menguaron las cabezas de ganado y a duras

penas cada tanto llenábamos alguna chata. Esto continuó muchos años y en cierto momento el patrón vendió parte de las tierras, esas que están al otro lado del arroyo, conservando los pocos cuadros de este lado, cercanos al agua, pa' que los ocupara el ganado. Pero esa situación no aguantó mucho, se le terminó la plata, y al final se murió triste y enfermo.

En el patio se alzaba una vieja y enorme higuera – fijate, Lucila, las ramas retorcidas han tomado increíbles formas de serpientes y dragones, y parece que se encuentran en lucha por la propiedad de los frutos –dijo el chico - Lucila se levantó las pollerita por encima de las rodillas, trepó hacia las ramas más altas y comenzó a cosechar higos maduros; cuando tuvo varios en la mano, los arrojó – colocalos en la canasta que traje de la cocina – gritó. Al caer, algunos se abrían despidiendo un líquido lechoso y dulzón.

- Lucila, estos higos son muy sabrosos – dijo Renato alegremente mientras los probaba – ella contestó con la seguridad del que sabe - para que sepas, esos no son higos, sino brevas. Son los primeros frutos de la temporada, los más grandes, los más tiernos y son los que a mí más me gustan – ante tal conocimiento quedó callado, con la boca abierta, en admiración por su amiga.

Cuando Lucila bajó del árbol, comenzó a contar - Un día, cuando volvía de la escuela, vi a papá saliendo de una casa; la puerta todavía no estaba cerrada y alcancé a ver a una mujer que le daba la mano, y luego cerró. Unos segundos más tarde corrió un poco la cortina de una ventana y miró sonriente hacia fuera, saludándolo con la mano hasta que el sulky de papá desapareció. Recuerdo que yo tenía siete u ocho años, que había llovido y hacía frío. Cuando llegué a casa mamá estaba amasando y papá “tuseaba” a los caballos. Dejé los útiles en mi dormitorio y fui a ayudar a mi mamá con los fideos. Nunca se habló sobre eso – dijo Lucila con seriedad.

Más tarde continuó con el cuento – después de aquél invierno lluvioso, pasado el verano, y recién comenzadas las clases, un sábado a la tarde me dijeron que por ser buena alumna recibiría un premio. Me llevaron a pasar el fin de semana en la casa de un puestero de otro campo. Era un lugar hermoso, ni comparar con el nuestro; tenían todo cercado y en el patio había un molino con un tanque de chapa. La señora me metió con los chicos de ella dentro del tanque y allí nos bañamos y jugamos. Papá me fue a buscar el domingo a la tarde y dijo que me nació un hermanito. Cuando llegué mamá lo estaba acunando; le pedí que me dejara atenderlo y ella me enseñó a darle la mamadera. Siempre pienso por qué no vi a mi mamá embarazada, y cómo es que no comentaron que iba a nacer Huguito.

Renato comenzó a dudar si esos cuentos eran verdaderos, si Lucila hablaba para llamar la atención.

Además de ocuparse de los trabajos domésticos doña Elcira cultivaba una pequeña quinta al fondo de la casa, y a veces aparecía con unos tomates enormes o una planta de lechuga. Ese era su entretenimiento al terminar sus faenas; veía ese huerto como trabajo

creativo y se sentía orgullosa y recompensada cuando recogía sus verduras.

En el corral había un caballo enorme, el Pampa, usado a veces para algún trabajo pesado o para tirar de la chata. Era un animal manso, pero torpe en sus movimientos; la gente no se acercaba a él pues en un descuido podía poner los cascos sobre alguien. Un día comenzó a dar vueltas alrededor de sí mismo; no pudieron utilizarlo para trabajar. Don Zenón creyó que había enloquecido y le avisó a Roberto; él a su vez envió a un veterinario, pero ya era tarde. Según el diagnóstico, el pobre Pampa tenía una enfermedad en los oídos, que afectó su equilibrio. Lo llevaron lejos; tal vez a un matadero o el médico lo envenenó con alguna inyección. Lucila, Huguito y Renato lloraron durante todo ese día.

Además de los animales mencionados, no podían faltar los amigos del hombre, dos viejos perros tirados debajo del parral – En el campo todos los animales son útiles, pero estos dos se pasan las horas recostados en la sombra sin que nada los emocione - dijo Lucila - de vez en cuando levantan la cabeza, miran sin ganas y siguen durmiendo. Mi papá pretende que lo ayuden en el arreo, pero ellos molestan más de lo que ayudan y hay que vigilarlos más que al ganado, cuando se meten entre las patas del caballo o de las vacas. ¿Sabés? Hace un tiempito tuvimos unos gatos, pero los perros sacaron fuerza no sé de donde, y los espantaron. Desde entonces, son los únicos guardianes, y que Dios nos ayude si entra algún ladrón.

Los perros se rascaban y los chicos fueron a contarle a don Zenón, que vino con pasos largos y decididos, los ató en un palenque y luego volvió con un pulverizador de mano; les pidió que se pararan a un costado, y dio a los perros un soberano baño con DDT – ahora no van a tirar garrapatas – dijo con una sonrisa de oreja a oreja – si no sabías, es el ser viviente más bondadoso; el único que se rasca pa' juera.

El campo se maneja con los latidos de la naturaleza. Su existencia gira alrededor de las estaciones, los meses y los días. Así es cómo el labrador sabe cuándo sembrar, realizar los cuidados y cosechar. Los variados pastos naturales crecen juntos o separadamente según la época y las necesidades del ganado; ese es el milagro de la Creación. La época de celo es homogénea para cada especie y por ende, los nacimientos ocurren masivamente, cuando las praderas son habitadas por nuevas crías.

Igual ocurre con el hombre de campo; su vida depende de los mismos factores; se levanta con el sol y descansa cuando el astro calienta otras inmensidades. Así es como puede soportar desgracias, calores, fríos, lluvias y tempestades. Frente a las inclemencias, junto con los pastos y animales, se repone y remonta un nuevo vuelo, como el ave fénix. Esta confrontación con los elementos y la aceptación de la realidad, ha convertido al labrador en persona sapiente, dueña de una paciencia especial.

Una mañana don Zenón llamó a Lucila y a Renato – vayan, pónganse lindos y traigan gorras, porque vamos pa'l almacén – corrieron cada uno a su cuarto a ponerse buenas ropas. Cuando estuvieron preparados, él ya estaba sobre el *sulky* esperándolos. Para empezar, los decepcionó ver a Hans atado a las varas, pero el único que sufrió la equivocación fue don Zenón, que tuvo que estimular a la bestia durante todo el camino, con suaves latigazos en el lomo. Afortunadamente para el caballo, el camino de tierra estaba aplanado y húmedo después de haber recibido una mezquina garúa.

El negocio se encontraba a casi una legua de la estancia, en el interior de una pequeña chacra. Era un edificio alargado, pintado de amarillo, con palenques para atar a los animales; tenía un amplio patio sin alambrar que se podía observar al llegar a la entrada en forma de diagonal. Enseguida vieron hombres jugando a las bochas, gritando los aciertos. A continuación de la ruidosa cancha, otros tiraban la taba mientras sostenían entre los dedos algunos billetes doblados. Al bajar, don Zenón le sacó a Hans el bocado y le puso un balde de agua para que bebiera, saludó dando la mano a cada uno de los jugadores, le pidió la bocha al que estaba de turno, se paró haciendo poses, apuntó al bochín, tiró y le erró. Sin inmutarse, saludó a todos con el sombrero y se dispuso a conducirnos al interior.

- Venga a probar unos tiritos con la taba – le grito uno desde la otra cancha. – No, – replicó don Zenón – *le tengo miedo a que me salga una mala palabra* – Todos rieron pero los niños no entendieron a qué se refería.

Era la primera vez en que Renato estaba en un negocio de campo. El amplio y alto salón con piso de madera estaba dividido en dos por el largo mostrador que soportaba una pesada balanza; contra la pared se hallaban las estanterías que ocupaban todo el largo y alto del edificio; al final había una heladera con cuatro puertas revestidas en madera. Podía observarse todo tipo de mercaderías, reunidas según su uso. Se agrupaban infinidad de accesorios de cuero, recados, herramientas y lonas. Luego se encontraban las ropas de algodón sanforizado, algunas telas baratas y sombreros. En el otro extremo se veían utensilios para la casa, ollas, sartenes y artículos de vidrio. En el centro estaban los alimentos y bebidas. Sobre el mostrador, dentro de pequeños cajones se exponían algunas verduras.

- Güenas don – dijo don Zenón. - Y santas – contestó el patrón.

La otra mitad del salón estaba ocupada por varias mesas largas y pesadas. Don Zenón ocupó un banco largo y acomodó a los chicos; pidió una ginebra doble para él y dos Crush. Luego se levantó para hacer sus compras, y los dejó tomando sus bebidas. Cuando volvió a la mesa, traía una fuente con un salame criollo, jamón cortado, queso, galleta de campo y unos pepinos en sal. Comieron con apetito y rieron bastante escuchando los cuentos del capataz.

- ¿Sabes? Empecé de muchacho como resero. En esa época todavía se arreaba el ganado hacia los mataderos, tarea que llevaba días de trabajo

pesado. Se dormía bajo las estrellas, acostados sobre el recado, prestando atención a cualquier ruido o movimiento y soportando vientos y lluvia, acosados por toda clase e' bichos. Cada uno llevaba unos cuantos caballos pa' dir cambiándolos, pues los pobres se cansaban; al resero le estaba prohibido cansarse, montaba de sol a sol corriendo atrás de las vacas rebeldes, y si era época de calor, lo hacía también de noche. Siempre corría peligro de ser corneado junto con su pingo. Pronto reconocí que no era pa' mí, y me conchabé aquí con tu tío. Me aquerencí y formé una linda familia – Lucila se levantó, lo abrazó y le dio un beso.

Volvieron contentos de esa especial aventura; los chicos cantaban canciones de la escuela. El desafortunado fue Hans, que no tenía fuerzas para transportarlos a ellos y a las compras; en ese momento se compadecieron del animal, lamentando que no trajeron también al petiso para que ayudara.

Una de esas noches se escucharon desesperados cacareos que venían del corral. Todos salieron corriendo para ver qué pasaba, y descubrieron a una comadreja que atacaba a las gallinas indefensas mordíendoles el cuello. Don Zenón tomó un palo y corrió detrás de ella, pero no la pudo atrapar. Lucila se acercó a Renato y le dijo en voz baja – tengo miedo que algún día me ataque una víbora; si estás cerca de mí, ayudame, por favor.

- Nunca voy a dejar que te hagan daño – contestó él susurrando, como si le prometiera el cielo. Lucila sonrió feliz.

*

La Pampa húmeda es una caja de sorpresas, con chaparrones imprevistos que inundan las tierras de pastoreo, y el fuerte sol que calienta después; todo eso contribuye al crecimiento rápido de los pastos, pero los caminos de tierra negra se estropean, quedando intransitables por un tiempo. Uno de esos fines de semana, en que se podía transitar, Roberto llegó con el coche y llevó a los niños, a pasear al pueblito cercano. En el camino vieron una casa solitaria; su forma les llamó la atención y bajaron a verla.

En sus tiempos había sido una hermosa mansión. Era enorme, con techos de tejas rojas y hermosas ventanas con persianas de madera y herrajes de metal. Las paredes y el techo estaban manchados y descoloridos y los herrajes oxidados; el patio estaba rodeado por un alto muro de ladrillos, y apoyado en el muro crecía un grueso cerco de retamas fortalecidas por los años; el buen clima y la abundancia de precipitaciones las habían ayudado a crecer y conservarse lozanas. El amarillo de las flores era el único detalle de color que podía observarse; en el aire se desplazaba su perfume.

Lucila contó que allí se había cometido un crimen muchos años atrás. Según lo que se decía, la señora de la casa mató de un tiro a su marido y lo enterró en el patio, salió con su pequeña hija y nunca más volvió. Algunos afirmaban que escucharon el alarido del perro asustado al oír el disparo. Se

creía que las dependencias quedaron amuebladas, que allí moraba el espíritu del hombre asesinado y que en las noches se escuchaba el gemido de su perro.

Después de pasear por la pequeña villa de una sola calle, volvieron a la estancia, Roberto comentó la interesante historia de la mansión con las retamas.

Don Zenón lo confirmó – en el campo ocurren muchas cosas difíciles de creer y estoy seguro que ese caso es cierto. No por nada la gente no se mete a hurgar en ese misterio. - Se miraron levantando las cejas; no estaban habituados a escuchar historias misteriosas.

Roberto viajó a la Capital y su hijo quedó para disfrutar de la última semana de vacaciones en la estancia.

*

- Vení Renato, vamos a pasear; – dijo Lucila mientras preparaba los caballos – hoy nos vamos a bañar en el arroyo, en un lindo lugar y que no es peligroso; salimos durante la siesta, porque el agua está más caliente a estas horas. Además, te tengo preparada una sorpresa.

Se bañaron en ropa interior y chapotearon en el agua, y como siempre, se abrazaron y besaron. Al salir permanecieron sentados en silencio; ella apoyó la cabecita en el hombro de Renato, mirando hacia el arroyo murmurante, apretándole la mano. Luego, cuando volvían entraron a un viejo granero – hoy vamos a aprender a hacer el amor – dijo mientras se desvestía; Renato hizo lo mismo.

Esa tarde dejaron atrás la virginidad aunque no la pureza, y durante los días que restaban de la semana aprendieron a hacer el amor y a conocer sus cuerpos; se sorprendieron cuando tuvieron el primer orgasmo.

- Mi mamá quiere que yo sea fuerte y sana para que cuando sea grande pueda tener hijos; le pregunté por qué, si todas las mujeres tienen hijos. Le dije que estoy contenta que nacimos Huguito y yo, y ella se puso a llorar. La abracé para consolarla y dijo que lloraba por la emoción – Lucila quedó pensativa; luego, con una sonrisa dijo – vamos, vamos a jugar al granero.

Durante esos días don Zenón conversó mucho con Renato, demostrando todo lo que había aprendido en su vida en el conocimiento de la gente, sus bondades y debilidades. No dijo una palabra que insinuara la relación con su hija; de todas maneras, ellos la ocultaban. Cuando se despidió al volver a casa, Don Zenón lo abrazó como si fuera uno de su familia.

Llegó a la ciudad dispuesto a comenzar una vida diferente, de estudio y dedicación. Sus primeras vivencias fueron de madurez y responsabilidad; estaba preocupado por saber si Lucila estaba embarazada, consecuencia de sus juegos de amor, pero no se atrevía a preguntar. Se dio cuenta que la extrañaba y que significaba mucho para él.

* * *

El nuevo gobierno anunció la cancelación de la represión, tomó medidas exhibicionistas como la anulación de los instrumentos de tortura, y corrección de los métodos del régimen anterior, pero utilizó sistemas más sutiles, dirigidos contra la libertad de expresión y de los derechos individuales. Al principio hubo un momento de confusión; la gente creyó que iban a solucionar los problemas políticos y económicos, pero no fue así

Los procedimientos no fueron brutales como esos que utilizó la Sección Especial de la Policía Federal, pero anularon conquistas legítimas desplazando a una gran masa, para el beneficio de una minoría selecta. A la reacción que vino de las organizaciones extremistas, se unió la de los partidos políticos democráticos que habían actuado contra el régimen anterior. En una acción oportunista se identificaron con él, con la intención de tomar representatividad, utilizando el elemento humano que le había pertenecido.

Los estudiantes intervinieron masivamente, ya sea realizando manifestaciones colectivas, repartiendo folletos o pegándolos en las paredes. Salían después de medianoche, cuando había pocos transeúntes y volvían cerca de la madrugada embadurnados, pues nunca faltaba un chistoso que al engrudar las paredes, con mala intención les daba unos buenos pincelazos en los pantalones.

Un día sábado al anochecer, salieron al centro de la ciudad para arrojar panfletos. El procedimiento era sencillo: escondían dentro del saco una cantidad, caminaban por la vereda más transitada, y luego sorpresivamente, arrojaban hacia arriba todos los papeles, como abriendo un abanico; debían seguir caminando como si nada hubiera ocurrido. Todos lo hicieron correctamente, pero Renato se atrasó y tuvo que volver sobre la vereda cubierta de panfletos. Estaba jugando su reputación y su orgullo y no podía renunciar al lanzamiento; tal vez sus compañeros lo miraban. Se animó y arrojó su cargamento de ideas y protestas, y luego caminó hacia la calle, subiendo de un salto al primer colectivo que pasó, sin importarle cual era su destino. Lamentablemente perdió su único día de diversión, pues viajó a su casa, por temor de que alguno de los miles de peatones lo reconociera.

Su incorporación al colegio secundario y la participación en sus organizaciones despertaron su curiosidad por la actividad política y el interés de trabajar por causas justas. Fueron factores importantes para su madurez intelectual y esclarecimiento cívico. Por cierto tuvo algunos problemas de conducta, como el día en que se negó a entrar a la clase de religión y pidió que lo pasaran a la de moral – ya tengo bastante con ir a la Iglesia y no quiero que me metan religión en el colegio, a la fuerza. – Dijo con firmeza, y como aceptaron sus exigencias, se salvó de una sanción.

Inés actuaba en el centro de estudiantes universitarios, en un grupo con tendencias políticas progresistas bien definidas. Eran perseguidos y también detenidos por la policía. Esa era una buena causa para que la

familia viviera con preocupación. Con el pretexto de ser protegida en la calle, según ella contaba aunque no convencía, tenía un amiguito que la acompañaba a todos lados. La sonrisa que traía cuando volvía la vendía; después de pocos días trajo a su cuidador a casa. El muchacho era un flaco narigón que hablaba sin descanso, cosa que molestaba a Ana y Renato. Lo hostigaron hasta que dejó de venir, volviendo al sistema anterior de sentarse con Inés en la escalera de entrada a la casa.

Inés y Renato conocieron nuevos compañeros y compañeras; la actuación en conjunto en los movimientos estudiantiles, el estudio en equipo y la diversión con los nuevos amigos, dieron también lugar a otras vivencias como amoríos, enamoramientos y desengaños. Aventuras de amores y desamores influyeron también en todos los cambios en sus caracteres, y fueron decisivos en el momento de asumir responsabilidades.

Un día, después de los estudios, en la vereda del colegio realizaron una reunión relámpago para organizar una protesta en una de las plazas de la ciudad. Se trataba de una manifestación política, tranquila, en la mañana del próximo domingo, con carteles, para mostrar la posición ante la represión por parte del gobierno.

Al día siguiente el director les anunció - toda la división va a recibir amonestaciones. - Roberto, cuando se enteró, se puso furioso y en unos instantes reunió a varios padres y fueron a protestar por la injusta decisión.

- Señor director – dijo– la posición política de los jóvenes es adquirida en el hogar, y ningún ente que se considere democrático tiene derecho a coergerla. Por esta simple razón, exigimos que esa decisión arbitraria y antidemocrática sea anulada.

Con orgullo pudieron contar que el domingo la pequeña manifestación fue aplaudida en la placita. La fortaleza moral que les proporcionó la impunidad frente a las autoridades de la escuela, les ayudó a expresarse con libertad.

*

- ¿Recibimos algún beneficio por atender esas tierras? – preguntaba Ana. – Esa herencia nos trae solamente gastos, los ingresos sólo alcanzan para mantener a don Zenón y para costear las vacaciones de Renato. A vos esos viajes no te hacen mucho bien; volvés cansadísimo, y nosotras nos preocupamos hasta tu regreso – Roberto las abrazó reconociendo esa demostración de cariño.

Los padres conservaban costumbres adquiridas durante el noviazgo, como abrazarse o tomarse de la mano, aunque trataban de hacerlo cuando los hijos no los veían. A veces, éstos se escondían y los observaban - que se besen – gritaban; ellos se separaban ruborizados. Aún se comportaban con pudor, producto de la educación conservadora que recibieron.

La estancia no fue el puerto que necesitaban para proteger los barcos. Fue solamente una utopía. Una buena causa para el diálogo en la familia, para cultivar la amistad con don Zenón y aprender de su natural sabiduría. No fueron más ricos ni más pobres, pero enriquecieron el espíritu y el amor mutuo. Los años venideros fueron un gran aprendizaje en la vida. Pudieron conocer desde cerca la humanidad de esas personas que sabían dar sin preguntar, sin pedir retribución; dar amor por el amor mismo.

Renato volvió todos los veranos trayendo regalos que su mamá compraba para todos, y que fueron recibidos con asombro. Llevó para don Zenón una rastra de cuero en la que colgaban medallas y monedas, que ajustaba sus bombachas de dos paños; un pañuelo de seda para doña Elcira, una pollera y una blusa para Lucila y un juego de carpintero para Huguito, donde no faltaban serrucho y martillo para que pudiera armar y destrozarse a gusto.

– Ah, también envió dos vinchas tejidas, una para cada caballo –dijo, sacándolas de la valija.

Esas visitas fueron una buena oportunidad para trabajar, asimilar la sabiduría de don Zenón y amar a Lucila en silencio, en secreto, cuidando muy adentro esa relación sagrada. Fue un amor puro que aprendieron para dar y a recibir, sin esperanzas, sin proyectos, sólo para vivir intensamente el presente.

*

- Renato, si no te molesta, quisiera que cada vez que venís me trajeras algún libro, de esos que ayudan a entender más a las personas – le agradaban las aspiraciones de Lucila para progresar en la vida.

Luego, mientras se remojaban los pies en el arroyo, Lucila sacó un poco de tabaco y unos papelitos y con prolijidad armó un cigarrillo, se lo dio y encendió un fósforo – fumá – le dijo – así te hacés hombre – Renato dio una pitada que le produjo tos.

- Tiene un gusto asqueroso. ¿Creés que fumando esto voy a ser más hombre? Prefiero crecer de a poco sin enviciarme – Ya había visto que don Zenón era un buen fumador y que además le sentaba bien. Roberto no fumaba, y por eso no era menos hombre. Su amiguita le dio la razón.

Cada mañana, antes de salir a trabajar, don Zenón cebaba unos amargos, cuidando de escupir el mate *zonzo*; a Renato lo homenajeara con algunos mates dulces, para que se sintiera preferido e inspirado para la labor. Lucila quedaba ayudando a su mamá y aprendiendo los quehaceres de la casa. Esos idílicos días acontecían durante la época de vacaciones.

Don Zenón, había realizado todas las tareas inherentes al campo y a veces hacía demostraciones de sus conocimientos. Ensilaba uno de los caballos y arreaba todas las vacas hacia un lugar, emitiendo toda clase de gritos y sonidos. Las vacas arreadas quedaban junto a las madrinas, que las guiaban con el tocar de cencerro. Otro de sus trabajos preferidos era

enlazar a algún novillo y luego voltearlo y atarlo, como se hace en los rodeos. Nunca tuvo oportunidad de mostrar como se doma un potro, superando los corcoveos del animal, pues el petiso y Hans no eran buenos ejemplos.

Los terneros nacían en la misma época, y a veces se reunían varias docenas; les gustaba acercarse para que los acariciaran. Acercaban un dedo a sus bocas, y ellos lo mamaban como si fuera la ubre de su madre, como lo es el chupete para un bebé. Las vacas, curiosas, venían y se paraban casi tocándolos y los observaban; poco a poco estaban rodeados por casi todas las que se encontraban en las cercanías. Si alguien hacía algún movimiento brusco, se dispersaban hacia los costados.

A medida que Renato conocía a Lucila en sus diversos aspectos, más la admiraba; cada descubrimiento era una sorpresa para él. Su discernimiento era claro y abierto y a pesar de su educación simple, su capacidad intelectual era atávica como también pudo observar en el claro raciocinio de don Zenón. Renato era poco conversador, y por lo general ella comenzaba las conversaciones que siempre tenían una fuerte base. A veces lo ponía en aprietos con preguntas muy bien fundadas, de las que no podía eludir la respuesta.

En una charla al terminar uno de los veranos, Lucila abrió su corazón contándole sus temores. - Renato, por las cosas que te conté, tengo miedo de enterarme algún día de que no soy hija de mis padres, en especial, de mi madre. El mismo miedo que tengo por Huguito. No sé qué hacer. ¿Qué me aconsejás?

- Yo creo que tenés dos cosas para elegir: preguntarle a tus padres o callarte. Ellos te dirán la verdad sea cual sea y te seguirán queriendo como hasta ahora, y si te callás, no sigas hurgando más y convécete de que ellos son tus padres. Continúa queriéndolos más que siempre.

Lucila lo abrazó llorando – qué gran ayuda sos para mí – siguió abrazándola hasta que se calmó. Se sintió como un tío consejero.

*

Cada viaje era una visita a la casa vieja, cada vez más despintada, más sola, más misteriosa. Las retamas en flor y el perfume eran lo magnífico de su existencia. Comprendió que amaba a esa casa y que no podía vivir sin ella; era un amor casi místico que trasponía el límite de toda explicación. A veces le horrorizaba el pensamiento de que algún día la demolerían, devolviendo a la tierra lo que es de la tierra.

El amor de Renato y Lucila era sublime. Los ojos de ella brillaban cuando lo miraba y él sentía el corazón rebotante de amor en el contacto con la muchacha, con su presencia. Así llegó el último año del secundario.

*

Ese invierno llovió mucho; el viento del este y la crecida arrasaron poblaciones y cultivos en la zona del Tigre, provocando destrozos. En el

noreste los arroyos se inundaron y las aguas cubrieron los campos bajos; Roberto, preocupado por la familia de don Zenón y por el ganado, mandó gente para darle ayuda. Como al pasar, Renato le preguntó como estaba la situación – se puede respirar con tranquilidad, el agua no llegó a la casa y ya hay señales de que está bajando. Con respecto a la familia, están sin problemas, gracias a Dios – contestó. Sintió un alivio en su interior; Lucila estaba bien.

A fines de mil novecientos sesenta terminó el secundario y viajó a la estancia. Estaba decidido. Por fin iba a declarar su amor a Lucila; el amor que aprendió desde el primer día, el de los besos, de los paseos, del contacto carnal, de las remembranzas. Necesitaba compartir con ella en el futuro los mejores momentos de su vida.

Llegó al volante del coche de su padre; la buscó, preguntó por ella. No estaba. El amor de Lucila resultó un amor sin porvenir; no creyó en su fidelidad. Conoció a otro hombre, se casó y se fue a vivir con él. Le dolió la traición. Volvió. No quedaba nada por hacer allí. Incluso las conversaciones con don Zenón estaban agotadas.

Pero al sentarse en el coche comprendió la trama de todo lo sucedido. ¿Cómo pudo ser tan necio y ciego? La novela estaba dictada por su egoísmo y falta de comprensión; por eso los personajes jugaron papeles equivocados. En su mente fue escrita al revés, mas, ¿Corregirla solucionaría su confusión?

Lucila, enamorada, le dio su adolescencia, su despertar a la vida con un amor puro, y él no lo entendió. En su silvestre inocencia esperó hasta el último momento para escuchar de Renato palabras de amor, hasta que cayó en la desesperanza.

Su tristeza al partir fue la misma que se siente al terminar de leer un libro; el autor nos arranca con crueldad los personajes que ya forman parte de nuestras almas, y aunque volvamos a ellos, ya pertenecen al recuerdo.

Cuando volvía pasó junto a la casa de las retamas. Ahora era la única que no se resistía a sus sentimientos de amor; no era sólo una cosa, un edificio; era algo con alma. Estaba allí, mostrando su muda y triste desnudez; presintió que algún día no lejano dejaría de existir. Se prometió escribir sobre ella. - No hay nada más fuerte que las palabras – pensó - y quizás ellas la conservarán en pie.

* * *

Transcurrió casi un año. Su padre viajaba a la estancia una vez por mes; según contaba, en sus visitas tenía vivencias interesantes cuando conversaba con don Zenón, quien exponía su sabiduría de hombre de campo que creció y se educó en la naturaleza.

Al volver de uno de esos viajes, contó la desgracia que apenaba a la familia: Lucila había muerto. Tuvo un mal embarazo que le produjo la

pérdida del niño; los médicos realizaron una operación en un desesperado intento para salvar su vida, pero no lo lograron. Su alegría de vivir y espontánea risa ya no acariciarían los prados con sus tibias vibraciones.

Roberto llevó a Renato a otro cuarto – Yo sé cuánto la estimaste; sería bueno que viajáramos para que des tu pésame a la familia.

- Papa, no creo que tendré coraje para expresarles mis condolencias – Roberto posó un brazo sobre sus hombros y le dijo – yo creo que eso te liberaría de cualquier sentimiento, ya sea de culpa o de impotencia frente a las circunstancias.

Aceptó sus argumentos y viajó con él a visitar a don Zenón y doña Elcira. El encuentro con ellos fue muy difícil; hablaban con su padre con soltura, pero a él lo miraban sin saber qué decir. Fue un instante interminable, hasta que Doña Elcira se acercó, y lo abrazó; lloraron juntos - Lucila siempre hablaba de vos, recordándote con cariño, y te deseaba todo lo mejor en la vida – dijo mientras lo acariciaba y secaba sus lágrimas.

Visitar a esa gente le hizo bien; sintió que se liberaba del sentimiento de culpa provocado por la falta de comunicación hacia ellos respecto a su relación con su hija, que habían abierto los corazones, y comprendió que Lucila lo había perdonado.

Durante mucho tiempo vivió sobresaltado, durmiendo mal y soñando con Lucila. Su madre se levantaba por las noches y lo despertaba para liberarlo de las pesadillas. - ¿Qué conversaciones tenés durante el sueño, a quién pedís perdón? - Preguntaba. – No sé, mamá; al despertar olvido todo lo que soñé – lo arrojaba y se sentaba a su lado hasta que se dormía nuevamente. Poco a poco el tiempo hizo lo suyo y se le fue la congoja por la pérdida de su primer amor.

*

En mil novecientos sesenta y uno se inscribió para estudiar Literatura; esos fueron años sin descanso, pensando y trabajando en el objetivo que se propuso. Mientras tanto, anotaba todo lo que parecía importante para escribir en el libro. Su anticonformismo y obsesión lo ocuparon sin pausa, y junto con los estudios, en una interminable carrera para salvar la casa, buscó un trabajo para reunir dinero para comprarla. Todo eso fortaleció su alma y lo liberó de su amargura.

Fueron años de democracia y tranquilidad, aunque hubo tres presidentes, dos de ellos derrocados. Tuvieron la oportunidad de aprender como se respeta el derecho de los demás, y también de expresar las verdades con libertad.

Mientras tanto, su papá tuvo una decisión que dejó contentas a las dos familias: vendió la estancia a don Zenón en cómodas facilidades de pago; éste, con su conocida humildad le preguntó si podía transformarla en una chacra o granja.

- Usted es el dueño, mi amigo; decida y haga lo que le den las ganas, y yo por supuesto lo apoyaré – con un apretón de manos confirmaron la operación.

Seis años después Renato tenía su doctorado y el manuscrito de su libro. Viajó a ver la casa, desteñida en su tristeza, ennoblecida por los años, embellecida por la retama. Visitó a todos los vecinos del pueblo, hasta que obtuvo la dirección de los dueños. Su objetivo era comprarla para repararla y vivir en ella, y si fuera posible obtener de esa persona los últimos datos para incorporarlos a su obsesivo trabajo literario.

*

Tocó el timbre en un departamento de un barrio porteño. Una muchacha de su edad abrió la puerta. No supo cómo comenzar a hablar; tartamudeando dijo las primeras palabras – déjeme sentar, me siento desmayar – la joven lo ayudó a entrar, le dio un vaso de agua y se sentó mirándolo con preocupación.

- Renato Tejada – dijo extendiendo su mano helada – llevo muchos años de mi vida pensando, soñando, escribiendo sobre la casa con las retamas. La dolorosa muerte ocurrida en ella, más el encanto grabado en sus paredes y las flores, me han convertido en el esclavo de ese misterio. Quiero comprarla para vivir la poesía que de ella emana, y si es posible conocer el secreto de esa muerte.

- ¿Qué muerte? Allí no murió nadie ¿De donde saca ese tremendo disparate?

Ese descubrimiento lo sorprendió; quiso que lo tragara la tierra. Tardó unos instantes en reponerse. - Eso es lo que se dice en el pueblo. Incluso he escrito un libro sobre la historia incluyendo a los fantasmas, y sólo quisiera que usted la autorice.

La joven lo miró con simpatía y sin reír le dijo – cuánto lo siento por su esfuerzo. El único que murió fue nuestro perro. Si está usted dispuesto a sentarse conmigo el tiempo que se requiera para revisar el manuscrito y aclarar algunos detalles, puedo ayudarle. Después hablaremos de la venta de la casa. De paso, me llamo Isabel.

Suspiró al escuchar su información sobre el perro – magnífico – exclamó – ¿Cuándo puede recibirme?

- Todos los días a partir de las seis de la tarde estoy libre. Será un placer ayudarle.

- ¿Entonces?

- Mañana – instintivamente comenzaron a reír. El uso de palabras sueltas acompañadas por movimientos espontáneos del cuerpo fue la ayuda que necesitaban para romper el hielo y la formalidad.

- Entonces...

- ¿Si?

- Hasta mañana – exclamaron al unísono.

Salió contento. Seguramente al día siguiente trabajarían sobre los errores y corregirían los detalles que estaban en duda; luego conversarían sobre la compra de la casa

Como sus padres y su hermana no estaban, esparció todo el papelerío sobre la mesa, trajo un sándwich gigante y un café con leche, y comenzó a comer con apetito. Conocía el manuscrito casi de memoria después de haberlo repasado decenas de veces; con la seguridad de un profesor revisando una prueba escrita, marcó con lápiz todas las consultas para hacerle a Isabel.

Al día siguiente, a las seis en punto presionó el timbre de su puerta. Lo recibió con una sonrisa – Pasá; eres (1) exacto como la hora oficial – Entró y una mesa arreglada con varias clases de bocadillos lo esperaba.

- Eso no estaba incluido en el convenio – se disculpó.

- Yo también participo en la reunión, y la verdad es que me gusta pellizcar. Sentémonos y comencemos a comer... y a trabajar

Abrió la carpeta y fue a la primera pregunta. Isabel estiró la mano y lo detuvo. – No, caballero, me muero por leer todo, de manera que podemos comenzar desde el título. Tomá un lápiz y escribí en una hoja en blanco... Mi abuelo hizo construir la casa a principios del siglo, al estilo de las casas coloniales. Al principio el patio tenía un cerco de alambre tejido, que él, con suma prolijidad pintó de blanco. Debido a que era el único edificio en la calle, por seguridad hizo levantar un alto tapial. La historia de las retamas comenzó cuando mi mamá era una adolescente; durante un paseo de la escuela, entraron a un vivero, y se enamoró de una retama de olor. Cuando volvieron, traía una docena de plantitas listas para ser replantadas. En vez de hacer un cerco dentro del patio, lo hizo afuera, junto a la pared, para darle colorido. El resultado perduró por los años, y ¡vos pudiste verlo! ¿Quieres que te cuente del perro?

- Claro – contestó con una sonrisa – los aullidos que

1) Mezcla de tuteo y voseo, usado por la clase culta. escucha la gente, me preocupan.

- Debe ser producto de la fértil y recargada imaginación de los inventores de cuentos. Cada cosa debe tener su proporción.

- ¿Directamente con el tamaño del perro? – dijo a manera de chiste.

- No te rías. Verás que había proporción entre mi perro y su nombre. Era un caniche pequeño, blanco, amoroso, y yo lo llamaba “Espanto”.

- Veo que eras una niña terrible. ¿A vos como te llamaban?

- No sé por qué, pero me salvé de recibir apodosos que desgraciadamente se te pegan para toda la vida. La verdad es que lloré mucho la muerte de mi perrito y aún lo extraño.

Al día siguiente trajo flores y helado; continuaron leyendo y comentando - dime, ¿trabajás o vivís de renta? Los dueños de mansiones señoriales suelen tener mucha plata.

- Trabajo en una escuela; enseñé Castellano y Literatura. Por eso puedo apreciar que escribís bonito.

- Gracias, colega, choque esos cinco. A propósito, ¿que hacés el sábado? Quiero invitarte a bailar.

- Convenido. Ahora, sigamos con el perro. Parece que el pobrecito adivinó que nos íbamos y no pudo soportarlo. Se enfermó y mi papá tomó una triste decisión. Cuando llegó el policía con el revólver, corrí hacia mi habitación y metí la cabeza debajo de la almohada para no escuchar el disparo. Reconozco que me porté como el avestruz, pero yo tenía sólo cinco años. Mi papá lo enterró al fondo del patio con todos sus juguetes. Eso me consoló un poquito.

Suspiró e hizo silencio por un instante - Mi mamá cuidaba las retamas como si fueran sus hijas; además, todas las primaveras los dos pintaban las ventanas y persianas de la casa. No quiero imaginar cómo se ven ahora.

- Puedo asegurarte que hacen peregrinaciones hacia la casa encantada y vuelven muertos de miedo.

- No es para menos, con la fama que le hicieron a la pobrecita...

El sábado fueron a cenar y luego a bailar. Se sintió feliz con su compañía; Isabel era suelta en su trato y brillante en la conversación. Al volver, al lado de la puerta de su departamento quiso abrazarla y besarla; ella cerró los ojos esperando, pero él se contuvo dejándole un suave beso en los labios, y se fue inmediatamente, para que ese momento tuviera un interrogante aire de misterio. Le costó dormirse, pensando en ella.

El domingo al mediodía la llamó por teléfono; parecía que esperaba la llamada, pues habló como si fuera la continuación del último diálogo. Concertaron una nueva cita para el lunes a la tarde.

Muchos días estuvieron sentados recorriendo el contenido del libro e hicieron juntos las correcciones. Cuando llegamos al capítulo que hablaba de Lucía le preguntó - ¿Aún la amás?

- Eso está superado desde hace mucho tiempo; cuando lleguemos a ciertos párrafos lo verás más claro – ella se acercó y lo miró a los ojos, interrogante. En respuesta, la besó – Ahora te amo sólo a ti – dijo suavemente – y yo a ti – agregó ella.

Sus cabezas estaban tan embarulladas después de esa revelación, que decidieron interrumpir la lectura y salir por un rato a festejar. Mientras caminaban, por primera vez tuvo Renato el coraje de observarla como mujer; era hermosa, suave. - Su cuerpo alargado irradia el misterio que percibí en su casa, la casa de mis ensueños – pensó.

Después de compartir la primera noche, Isabel preguntó – ¿Vas a venir a vivir conmigo?

- Si no lo hiciera me moriría extrañándote – él contestó.

Tuvo que agregar un capítulo que es el que habla del amor que surgió entre ellos, y que no compró la casa, sino que la repararon para vivir en ella después de casarse. Mientras tanto vivían en su departamentito, que era un nido de amor.

Los padres de Renato se desvivían por ella y su hermana encontró una sincera amiga y compañera.

- ¿Al no haber un muerto, qué hacemos? – Preguntó. Isabel hizo algunas proposiciones.

- Papá comenzó a trabajar en la Capital y debimos mudarnos. Publicaron avisos para vender la casa, pero nadie quiso vivir en ese paraje. La hermosa construcción envejeció por la falta de cuidados y las inclemencias del clima. Dentro de ella quedaron algunos muebles que no necesitaban y que pretendieron dar como regalo al comprador. Unos días antes de la mudanza, nuestro perro se enfermó gravemente; papá cavó un pozo profundo en el patio, pidió a un policía del pueblo que matara al perro de un tiro, luego lo enterró y los tres nos fuimos con la tranquilidad de no haber abandonado al animalito en medio de su sufrimiento. Mamá siempre lamentaba no haber llevado unos gajos de la retama. Si hoy viviera, estaría feliz sabiendo que la planta sigue creciendo.

Otra vez hubo un gobierno dictatorial en el país, que intervino las provincias, disolvió el Congreso, clausuró la actividad política, intervino las universidades, impuso censura a la prensa y a las costumbres, reprimió la protesta sindical, estimulando de esa manera la creación de guerrillas. Los dos temían la represión y salían lo menos posible. Trataban de acelerar la mudanza.

El departamento en la Capital se vendió cuando estuvo refaccionada la casa cercana a la estancia.

- Renato, mi amor – prometió Isabel - otra vez vivirán en esa casa personas felices, escribirás y yo cuidaré de ti, de los niños y de la retama.

*

Vivían felices en la mansión. Consiguieron algunas cátedras en colegios de la zona, y además, comenzaron a escribir. No fue fácil vivir de la docencia y los trabajos que publicaban no daban ganancias, pero se mantenían unidos en la creación compartida. Isabel tenía muy buenas ideas y gran sensibilidad; disfrutaban los atardeceres al calor del hogar leyendo, comentando y creando. Así, con el tiempo formaron un estilo común para escribir.

En mil novecientos setenta y dos se fundó la Universidad de Luján; Renato formó parte del personal docente durante varios años, hasta que en una trágica época para la educación del país fue cerrada, y reabierto al volver la normalización, después de cuatro años. Desde entonces año a año salieron nuevas camadas de jóvenes que finalizaron estudios superiores.

La vida en el campo fue más agitada que la de la ciudad; salían temprano en las mañanas y volvían al hogar casi al anochecer. Los viajes por las rutas eran parte de la rutina, y durante la semana no tenían orden para las comidas. Afortunadamente los sábados y domingos, si no viajaban a visitar a Ana y Roberto, Isabel cocinaba para Renato, y él atendía a las retamas o componía algo en la casa. Al llegar la primavera, vestían ropas de trabajo y calaban unas gorras; así vestidos barnizaban las ventanas y pintaban las persianas y herrajes. Al final del trabajo, él disfrutaba dando una pincelada de pintura negra en la nariz de Isabel.

Transcurrió casi un año desde que se mudamos al campo, y el ajetreo diario no les dejaba mucho tiempo para pensar; estaban tanto tiempo en los caminos como en el trabajo, pero ese era un problema sin solución. En uno de los momentos tranquilos, Isabel le preguntó – ¿qué es lo que más quisieras hacer en este momento? - Sin pensarlo contestó – tener un hijo y escribir otro libro – pues el hijo va a llegar pronto – contestó con una gran sonrisa, mordiéndolo e imitando gruñidos.

Esa noche Renato casi no pudo dormir por la emoción; a la mañana siguiente Isabel lo despertó temprano – Vamos, haragán, hay que salir a trabajar para mantener a nuestro hijo.

Sobre el embarazo imaginó un gráfico, pero no lo hizo para no incomodarla. Estaba subdividido en épocas: la de los mareos, de los vómitos, del calor, del frío, del cansancio, de los pies hinchados y los antojos. Muchas veces salían en el coche a buscar frutillas, para que el chico no naciera con la nariz roja y llena de pintitas.

Cada cosa tenía su ceremonial, como la preparación del ajuar, el tejido de batitas y cubre-cuna en tal o cual color, y el amueblamiento del cuarto. Pasaban horas dibujando muebles en papelitos y luego los acomodaban en una habitación dibujada sobre una hoja.

Durante los días en que ella no se sentía bien él cocinaba; desde el comienzo estropeó varias comidas, y pronto se acostumbró a comer estofados quemados y fideos engrudados. El único perjudicado fue él, pues Isabel comía de su dieta especial. Renato pensó que su suerte cambiaría al nacer el bebé, pero no fue tan exacto.

Una noche de noviembre, en plena tormenta, comenzaron las contracciones de Isabel; como buena futura madre tenía preparada una valijita con su ropa y la del bebé, pero él no sabía para que lado moverse. Con torpeza y guiado por ella, reunió todo lo necesario y viajaron hacia la maternidad. Tras muchas horas de espera en el corredor cercano a la sala de partos, se quedó dormido sentado. Soñó que un niño se acercaba y le decía – papá, dormiste tanto que ya crecí – entendió que estaba soñando; trató de despertarse, pero una música suave lo adormecía más.

Había amanecido y una enfermera lo despertó – señor, hace un rato que lo estoy llamando; su señora lo espera para presentarle a su hija – caminó como ebrio hacia la sala. Isabel sostenía en los brazos a su bebita que dormía serenamente; besó a ambas y luego las acompañó hasta el cuarto que ocuparían hasta ser dadas de alta. - Qué bebita tranquila – se dijo – con qué placidez viviremos.

Dos días más tarde eran tres en la casa. Ingrid, la nueva patrona estaba instalada en su cómodo cuarto, cumpliendo sus obligaciones: comer, dormir y engordar. Durante el día dormía, excepto cuando comía o la bañaban; en las noches era otro cuento. Cuando se acostaban a dormir, cansados por el *movimiento continuo*, comenzaba la fiesta. El llanto empezaba a esa hora y cesaba como un milagro cuando comenzaba la mañana. Para ellos era la continuación del día anterior, sin descansos. Se turnaban para tenerla en los brazos, acunarla y cantarle, pero nada ayudaba, excepto la luz del día.

Terminados los tres meses de vacaciones, cambió su táctica y los dejó libres para ir a trabajar. Durante su crecimiento eligió otros sistemas para dominarlos; todos fueron efectivos. Pero los padres estábamos tan chochos por ella que no lo percibieron hasta que la llevaron al jardín de infantes. Poco a poco la maestra jardinera la devolvió mansa y cariñosa como un corderito.

Hernán llegó dos años después; no dio tantos pequeños problemas ni pidió mimos. Isabel se había recibido en el oficio de madre. No por eso recibió menos atención, pero sí mucho más amor.

*

El cierre de la universidad dejó a muchos profesores y personal auxiliar sin trabajo. Renato sólo enseñaba en las escuelas, y su desocupación llegó hasta tal punto que se adjuntó a un periódico para agregar algo a los ingresos. Al principio se desempeñó como simple reportero, escribiendo sobre toda clase de informaciones y chismes, y por necesidad o casualidad se vio enredado entre la gente que traía informaciones políticas. Aunque la severa censura impedía publicaciones, se las arreglaban para exportar información, a veces firmando con seudónimos para evitar persecuciones contra las familias.

Con dos niños pequeños, Isabel se convirtió en profesora y madre de tiempo completo. Renato se amalgamó a las necesidades de atender la casa en su ausencia, completando las horas con los colegios y artículos. La Literatura fue relegada a la última opción.

Cuando salían a pasear Ingrid lo tomaba de la mano y bailoteaba a su lado, riendo y gastando el exceso de energía; se sentía protegida y libre para expresarse. Hernán, por su parte, se tomaba de su madre y caminaba con ella, erguido y orgulloso. Había una relación especial entre ellos; no parecían madre e hijo, sino dos amigos. Cuando se sentaban a conversar, Isabel lo instruía en los temas básicos de la vida, como si el pequeño ya fuera un adolescente.

Algunos días en que Renato quedaba cuidando a los niños, Isabel traía en el coche a una compañera de uno de los colegios; era profesora de Historia, joven y bonita. Quedaba a dormir en una de las tantas habitaciones que tenían; los muebles eran esos que habían dejado años atrás y que resistieron a los efectos del tiempo. Por la mañana regresaban para trabajar. Renato comenzó a fastidiarse por esas visitas que le quitaban mucha intimidad y se lo aclaró a su esposa.

Gabriela, la amiga, era de temperamento alegre, dispuesta siempre a salir a pasear. Era dominante y lentamente se convirtió en el número tres de la familia, tomando decisiones por sobre los naturales derechos de Isabel, que las aceptaba sin reparos. Varias veces Renato quiso protestarle – mirá, esta chica se nos está metiendo en la casa - pero ella lo contuvo dulcemente, presentando razones para defender a la muchacha.

Después de varias visitas comenzó a sacarlos a pasear por la zona, a festivales tradicionales y a cursos de bailes criollos. A veces solicitaba que la llevaran en el coche a realizar diligencias; cuando Isabel estaba ocupada, pedía a su esposo que lo hiciera él. Muchas veces no pudo disimular el desagrado que le causaban los abusos de la joven, pero ella no se daba por aludida.

Un día después del almuerzo debió hacer un viaje a San Antonio de Areco y Renato fue la víctima de turno. En la mitad del viaje se cayó un objeto al lado de sus piernas; estacionó al costado del camino, y se agachó para levantarlo en el momento en que ella también lo hizo, dándose un cabezazo entre ambos. Los rostros estaban juntos y en un instante de

descontrol se besaron. Un tremendo sentimiento de culpa corrió por el cuerpo de él; ya no sería posible borrar el suceso. – Perdoná, no tuve la intención... - pero ella lo besó nuevamente, creando una situación imposible de interrumpir.

Probar una vez conduce a continuar y eso sucedió. Comenzó a preguntar a Isabel – decime, ¿El flaco me podría ayudar en algunos trabajos que requieren la mano de un hombre? – Claro Gabriela, si él no se opone - aceptó ella con ingenuidad. Varias veces fue a su casa para ayudarla; las condiciones eran ideales para completar la traición en la manera que más hirió a su esposa.

- Renato, cuánto quisiera compartir mi vida contigo – dijo Gabriela amorosamente cuando volvían. Se sintió acorralado. No contestó.

- De todas maneras, no debemos perder las esperanzas – insistió.

Trató de ocultar sus emociones frente a Isabel, pero las expresiones de su cara lo traicionaron. Averiguó sobre ellos en los lugares que Gabriela frecuentaba y sondeó los pensamientos de él con gran tacto, una noche en que su cómplice dormía en una de las habitaciones de la casa. Acorralado tuvo que confesar el gran engaño. Lo desarmó con pocas palabras – te he consagrado mi vida, te di dos hijos, te amé fielmente, y vos me has humillado por un pedazo de carne – no pudo decir nada, y derrotado, bajó la cabeza.

A la mañana siguiente subieron al coche y viajaron hasta la próxima estación de ómnibus donde tuvieron una conversación que disolvió la amistad entre las dos mujeres, y la conjura amorosa. Isabel continuó viajando sola hasta el colegio. Él no sabía qué había ocurrido entre ellas y se comió las vísceras hasta que regresó esa tarde.

- Renato, cómo me has ofendido y qué daño has hecho a tu familia al no poder dominar tus debilidades. Lo más penoso es que se considera vencedora y con derechos – dijo con tristeza.

El discurso que tuvo que soportar deshizo todas sus defensas y lo dejó sumido en el arrepentimiento y la vergüenza.

Unos días después llegaron efectivos de la policía a detenerlo, acusado de publicar información cuya difusión era prohibida, y pertenecer a una organización que incitaba a la rebelión. No fue investigado en ninguna comisaría ni llevado ante un juez; sino a un lugar que no pudo reconocer, donde pasó varios meses de vacaciones de horror. Lo golpearon y torturaron con la intención de sacarle datos sobre los cabecillas del supuesto grupo conspirador; sus gritos de dolor a veces hacían coro con los de otros torturados.

- Hablá, guacho hijo de puta ¿Quién es tu jefe? – vociferaba uno de los torturadores mientras le aplicaba la picana eléctrica sobre el pecho. Se

encontraba atado a un catre y tenía los ojos vendados – no tengo jefe ni contactos – gritaba desesperado por el dolor. Estos tratamientos continuaron todos los días, cada vez en un lugar sensible diferente. No pudo calcular el lapso, pues perdió la noción del tiempo, pero supuso que fue durante un par de meses. A veces agregaban una buena ración de golpes y patadas; el dolor que sentía se extendía a todas las partes de su cuerpo

Una noche alguien entró al cuarto donde estaba encerrado; se acercó y habló en voz muy baja – Renato, presta atención: soy Hugo – ¿Qué Hugo? – preguntó.

- El hermano de Lucila. Soy suboficial del ejército; me trajeron a prestar servicios aquí, aunque por suerte no me mezclan en sus atrocidades. Dentro de unos minutos te voy a subir a un camión; el conductor te va a dejar en la ruta en un lugar que vos conocés. Desde allí te podrás arreglar solo; mantenete un tiempo escondido. Olvidate de que estuvimos juntos. Buena suerte.

Lo sacaron rápidamente, lo hicieron subir a la caja de un camión, lo cubrieron con unas bolsas; y lo dejaron junto a una cuneta, roto y sucio. Llegó renqueando a un cruce y allí lo recogió un camionero que lo trajo hasta su casa. Isabel abrió la puerta, lo llevó a la ducha para que se bañara y le curó las heridas mientras lloraba angustiosamente – Te busqué por todos lados sin lograr una información sobre ti – decía con voz entrecortada. Entendió que a pesar de haberla humillado, lo seguía amando.

Muy temprano en la mañana, alguien golpeó a la puerta; era don Zenón. Los años habían puesto canas en sus cabellos, pero conservaba su noble personalidad. Se mostraba preocupado. – Huguito nos pidió que te escondamos en la estancia por un tiempo, hasta que dejen de buscarte. Allí te sentirás seguro y podrás recuperarte.

Renato subió a la vieja camioneta de don Zenón y viajó a la estancia. Por la tarde llegaron Isabel y los niños. Doña Elcira los recibió con cariño y los acomodó en la casa. Ese mismo día comenzó Renato su rehabilitación; comiendo regularmente en cantidades adecuadas a su estado de salud, ayudando a don Zenón en tareas livianas y descansando. Tomó varios meses, pero volvió a su casa con buen semblante y sintiéndose bien.

El capataz, con su buen corazón no olvidó a quienes lo beneficiaron muchos años antes, retribuyendo con amor esas atenciones.

Regresaron a la mansión y trataron de volver a una vida normal. Eso no arregló las relaciones; había tirantez entre los dos y la natural espontaneidad se acabó. Los diálogos eran forzados y raramente sonreían. Por las noches la escuchaba llorar en silencio – dime qué pasa, si puedo ayudarte – le decía.

– Déjame con mis pensamientos, por favor – él sentía que lo había desalojado de su vida y que era necesario un cambio fundamental para cambiar esa situación.

Transcurrieron muchos meses hasta que pudo ver una sonrisa espontánea en Isabel, y por su parte sentirse libre en mis movimientos, en su comportamiento con ella, en sus conversaciones. El día que lo consiguieron, se encontramos abrazados, sintiendo los latidos de cada uno, pero no sonrieron; comenzaron a llorar descargando rencores, amarguras, y en especial la sensación de sentirse extraño uno con el otro. Así, abrazados, se durmieron sintiéndose purificados. Aunque no pudo reparar su error, su comportamiento en el futuro fortaleció el vínculo entre los dos.

La tremenda experiencia de su detención dejó huellas en su castigado cuerpo; sus fuerzas decayeron y su corazón se debilitó. Varios meses más permaneció en casa reponiéndome del daño corporal y psíquico que sufrió.

Cuando la situación política se normalizó, una compañera de Isabel le contó que fue Gabriela quien lo denunció. Detrás de todo esto había una historia: Gabriela tenía celos de Isabel por las preferencias con que gozaba en el colegio y decidió vengarse; para ello tramó una conspiración. Buscó su amistad para acercarse y conquistar a Renato. En otras palabras, quiso robarle el marido. Pensaba que todo marchaba como lo planeó, pero entendió que no era así al no lograr su apoyo. Decidió vengarse.

Personalmente, Renato comprendió su enojo y no le guardó rencor.

La terminación de la dictadura militar trajo paz y tranquilidad al país, pero la destrucción del orden y las preferencias básicas en muchas familias, cambió las estructuras que alguna vez fueron simples y espontáneas, y fluían en forma natural.

*

Con el restablecimiento de la democracia, las universidades se reorganizaron, aunque no fue posible recuperar los profesores que habían emigrado al extranjero. Renato recibió nuevas cátedras y fue llenando sus horas disponibles, a la vez que mejoraba su situación económica. Por su parte, Isabel suspendió las horas de enseñanza en los colegios y se dedicó por entero a criar y educar a sus hijos.

Cuando los chicos comenzaron a concurrir a la escuela y no necesitaron una compañía permanente, Isabel solicitó nuevamente sus cátedras; no tuvo problemas para conseguirlas y recomenzó el ejercicio de su profesión. Esta vez compraron otro coche, más pequeño, pero que satisfacía las causas por las que lo adquirieron y justificaba los gastos que ocasionaba. Además, podía llevar a los niños cuando viajaba a hacer las compras o para disfrutar de alguna diversión.

Se dice que niños chicos causan problemas chicos, y a medida que crecían, les traían problemas más grandes, de acuerdo con sus edades. Ingrid era ya una adolescente y se preocupaban por saber con quien alternaba. Isabel quería influir en las decisiones de su hija, dueña de un carácter fuerte e intransigente. Hernán, era libre y desordenado y muchas veces demostró falta de responsabilidad en sus actos. Renato decía - no es sano que tengan de progenitores a personas siempre ocupadas, si eso nos aleja de nuestras obligaciones de padres.

*

La villa fue cambiando en su apariencia; comenzaron a construir nuevas casas sobre los terrenos frente a la única calle, seguidas por amplios patios con jardines y plantaciones. Se convirtió en pueblo.

*

- Vieja, parate – dijo Hernán – quiero mirarte bien; sos tan linda, que si no estarías casada con este jovato y si yo no fuera de la familia, te ofrecería casorio aquí en el lugar – después la abrazó y la levantó como a una bolsa de papas. Isabel gritaba riendo y asustada – bajame que me podés hacer caer.

Ingrid comenzó a estudiar ballet en una academia de la ciudad; se adaptó bien con sus compañeras e hizo buenas amistades. Hernán no quiso invertir mucho en la escuela, pero lo hizo con seriedad en el fútbol. Mucho antes de terminar sus estudios, jugaba en un equipo de la zona, donde se destacaba por sus habilidades.

Con el comienzo de las actividades culturales y deportivas de los hijos, la casa se llenó de huéspedes. Hernán orientaba por teléfono a uno de sus invitados – cuando entres al camino de tierra, unos kilómetros adelante, si mirás para la derecha vas a toparte con un cerco amarillo. Si no sos tonto, te darás cuenta que llegaste.

Ingrid también invitaba a sus amigas, y el fin de semana se llenaban todas las habitaciones de la mansión, como no había ocurrido incluso en el tiempo de los abuelos. En las últimos cuartos escuchaban música y bailaban, y en el patio o en el potrero detrás de la casa se armaban furiosos picados. El vocabulario usado en el evento futbolístico no era digno para utilizarlo en un libro, e Isabel se tapaba a veces los oídos para no escuchar a los muchachos. Las charlas y risas continuaban hasta la madrugada – Isabel, callémonos y aguantemos, que eso también está incluido en nuestros deberes de padres - decía Renato.

Ingrid tenía buenas relaciones con su padre y estaba siempre dispuesta al diálogo – papá, tengo un amiguito y quiero pedirte permiso para tener relaciones íntimas con él ¿Qué opinás? – Él hubiera elegido a su madre para que le formulara esa pregunta.

- Preferiría que no lo hicieras, si eso no será trascendente en tu vida – dijo con pesadez.

- ¿Con mamá lo hiciste?

- Nuestra relación era tan transparente que no había causa para que no lo hiciéramos. Desde el instante que descubrimos nuestro amor, supimos que nos pertenecíamos para toda la vida. Si crees que amas a ese joven en esa forma, tienes mi bendición. Pero si quieres hacerlo por curiosidad u obligación, te aconsejo abandonar la idea – lo abrazó fuerte, lo besó con ruido y se fue cantando y contoneando las caderas.

Renato no supo qué ocurrió entre ellos y tampoco se lo preguntó. Estaba seguro que ella hizo lo que debía, y que fue lo correcto. Desde entonces, lo consultaba sobre cosas que incluso con su madre no conversaba.

Ingrid quería ser bailarina profesional; al terminar sus estudios secundarios se presentó a un concurso en la Capital y fue aceptada con notas muy altas. De la noche a la mañana comenzó una vertiginosa carrera donde la disciplina era el principal factor; en las virtuosas realizaciones se observaba el resultado de estrictos entrenamientos, que desarrollaban y conservaban las óptimas condiciones físicas de los bailarines. Además, la buena dirección les ayudó a ampliar sus técnicas y aprovechar al máximo sus talentos.

Se destacó y llegó a protagonizar importantes papeles en las actuaciones. Junto con ello, fue el objetivo de fotógrafos y cazadores de escándalos para publicarlos en las chismeras periodísticas. Se sentía tan segura de sí misma que en un reportaje contestó - los chismes no me preocupan e incluso me río de la pobreza moral de esos informantes de “chismologías”.

Extrañaban a Ingrid y para calmar la tristeza, comenzaron a salir a todo acontecimiento que se ofrecía. San Antonio de Areco es la cuna de la Tradición, cuya fiesta se desarrolla el diez de noviembre de cada año; pasaron un día completo viendo carreras cuadreras, niños trepando el palo enjabonado y carreras de sortijas; comieron empanadas criollas y asado preparado por auténticos gauchos. Hernán se enganchó en un fuerte picado. Un señor que también vino a festejar era un conocido entrenador de fútbol que se impresionó por su fuerza y picardía al jugar; lo llamó aparte y lo invitó a participar en una semana de entrenamientos de su equipo.

Cuando volvieron de la fiesta, Hernán cargoseó a Isabel hasta que le preparó un bolso con ropa para esa semana. El lunes a la mañana tomó el ómnibus hacia la Capital, para “probarse”, como él solía decir.

Al terminar los entrenamientos, antes de regresar telefoneó – che viejo, nos sacaron la bosta pero las pruebas salieron bien; me proponen firmar un contrato para ser integrante del equipo; para comenzar, como jugador suplente, y más tarde como titular. Decile a la vieja que me espere con unos buenos raviolos, y que le traigo una camiseta del equipo con el número diez,

para que le marque bien las tetas, y que yo haga pinta frente a mis amigos cuando salga a caminar con ella por la villa.

La agitada estadía de Ingrid en la ciudad se prolongó durante varios años, hasta que decidió que el lugar era pequeño para ella. Un día, sin haberlo consultado antes, les comunicó - viaje a París para perfeccionarme y continuar mi carrera; no se preocupen, me voy a cuidar. - Un mes más tarde la despedían en el aeropuerto de Ezeiza; los cuatro lloraron. Desde allí fueron a ver a Ana y Roberto; los viejitos pasaban los días calentándose al lado de la estufa, leyendo o mirando televisión.

Por una ironía de la vida, Inés se casó con un estanciero entrerriano y se fue a vivir al campo, donde veía vacas todos los días del año, aunque desde lejos. Recordaron esos tiempos en que no quiso conocer la estancia, donde Renato experimentó todos los cambios físicos y espirituales de la pubertad.

Los castigos que soportó veinte años atrás dejaron secuelas en su cuerpo y limitación para desempeñarse. Las caminatas con Isabel por la pintoresca calle de tierra y los paseos por el delta disminuyeron, aunque no interrumpió el cuidado de la casa y de las retamas.

Con la terminación de la dictadura militar con sus excesos y crímenes, vino una época de libertad de expresión y actividad que lentamente llegó al otro extremo. El libertinaje fue norma; no se reprimió el desorden en la conducta, y se perdió el respeto a la persona humana y a la propiedad privada. La delincuencia despertó y volvió en formas variadas, ya sea con sutileza o acompañada de violencia.

Los retoños reciben los genes de sus padres, e Isabel no fue exenta de esa ley; aunque su cuerpo continuó siendo hermoso, tanto como su natural elegancia, su organismo comenzó a comportarse problemáticamente. Por vez primera en su vida visitó a un médico por causas de salud y se unió a Renato en el diario ritual de tomar medicinas. Se hizo sedentaria, volvió al hábito de la lectura y de la escritura. Los próximos años fueron los más fructíferos en la tarea mutua. Publicaron varios trabajos con la firma de los dos; mientras tanto las enfermedades y las remembranzas acortaban sus vidas.

Hernán continuó con su equipo durante varios años, y al final de una temporada deportiva llegó con todas sus cosas – vieja, viejo, me están vendiendo a un cuadro de Italia; aparte de porvenir como futbolista, voy a recibir buena tela. Si juego bien, esto puede estirarse unos cuantos años – sorprendía su particular forma de hablar.

Cuando los hijos crecen generan alas, y los padres no pueden impedir su vuelo. Le dieron la bendición y Hernán partió. La tristeza aumentó; la salud de Isabel se hizo más frágil.

Muy espaciadamente llegaban cartas de los hijos, con muchas nostalgias, pero sin una señal que indicara que deseaban volver. Las

noticias de Ingrid no eran alentadoras en ese sentido – Papis, encontré el hombre de mis sueños y muy pronto nos casaremos. Deséenme suerte – se alegraron, aún sabiendo que eso la alejaba más de ellos.

Hernán tampoco prometía volver pronto; contaba sobre sus éxitos y la renovación de contratos. En cada foto que mandaba, aparecía con una muchacha diferente. La tristeza de Isabel preocupaba a Renato - ven querida, siéntate a mi lado para que te de calor – le decía pretendiendo distraerla, sacándola de sus pensamientos.

Otros años pasaron y los hijos no volvieron. “Viejos, tengo oferta para trabajar como entrenador; con esto me aseguro el futuro hasta la jubilación”, escribía Hernán.

“Papis, vivo con unas compañeras en un lindo departamento que alquilamos, felices y chochas de la vida, sin donjuanes molestos”. Al franchute lo mandé al diablo, a vivir con su mamita”. Esa noticia fue la gota que llenó el vaso; Isabel se desmoronó.

Renato ha quedado solo. Los hijos fijaron raíces, Isabel, como sus padres, se fue en el otoño de su vida, dejándolo en un gran vacío, pensando en los momentos de felicidad que vivieron juntos durante más de treinta años.

Hace unos días, buscando algo en un armario, encontró el manuscrito del libro que comenzó a los dieciocho años y quedó sin terminar; ha decidido por fin escribir el final. Tiene menos cátedras, más tiempo libre, y hoy sólo trata de concluir esas memorias que inició hace más de cuatro décadas, después de abandonar la estancia. Espera que su editor las quiera publicar, pues la gente ya no lee novelas románticas o nostálgicas.

Tuvo dos amores, amó intensamente y hoy vive con sus recuerdos. Está solo en la casa, y su preocupación es qué será de ella cuando él ya no esté.

Ayer recibió carta de Hernán, insolente y simpático como siempre; por supuesto no quisiera que cambiara. En su habitual naturalidad, destaca que sigue conquistando muchachas, pero que aún no encontró una verdadera amiga como lo fue su madre.

Estuvo mirando las últimas fotos que Ingrid le envió. Está hermosa con sus vestiditos de baile; se parece cada vez más a Isabel.

Ha llegado a la última página del libro; no escribirá dedicatorias, porque se entiende que todos los miembros de la familia las merecen. En él deja todos sus recuerdos y su amor.

Tiene frío; va a encender el gas, apagará las luces y tratará de dormir hasta la madrugada.

* * *

Muere un famoso escritor

Una fuerte explosión despertó anoche a los vecinos de la villa Las Retamas, que se encuentra al lado del camino no asfaltado cerca de la ruta entre San Antonio de Areco y Luján. El cuerpo carbonizado del profesor Renato Tejada fue sacado de entre las ruinas de su mansión. El jefe de la dotación de Bomberos de Luján informa que el edificio se desmoronó; cree que el siniestro se debió a una pérdida de gas. Destaca un extraño detalle: el cuarto vacío más alejado no sufrió muchos daños; pareciera que sirvió de “aguantadero” durante varias horas; la ventana estaba abierta y en el interior no había vestigios de gas. En medio del patio se encontraba tirado el manuscrito de un libro inédito del escritor; que al parecer, es su autobiografía.

* * *

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>